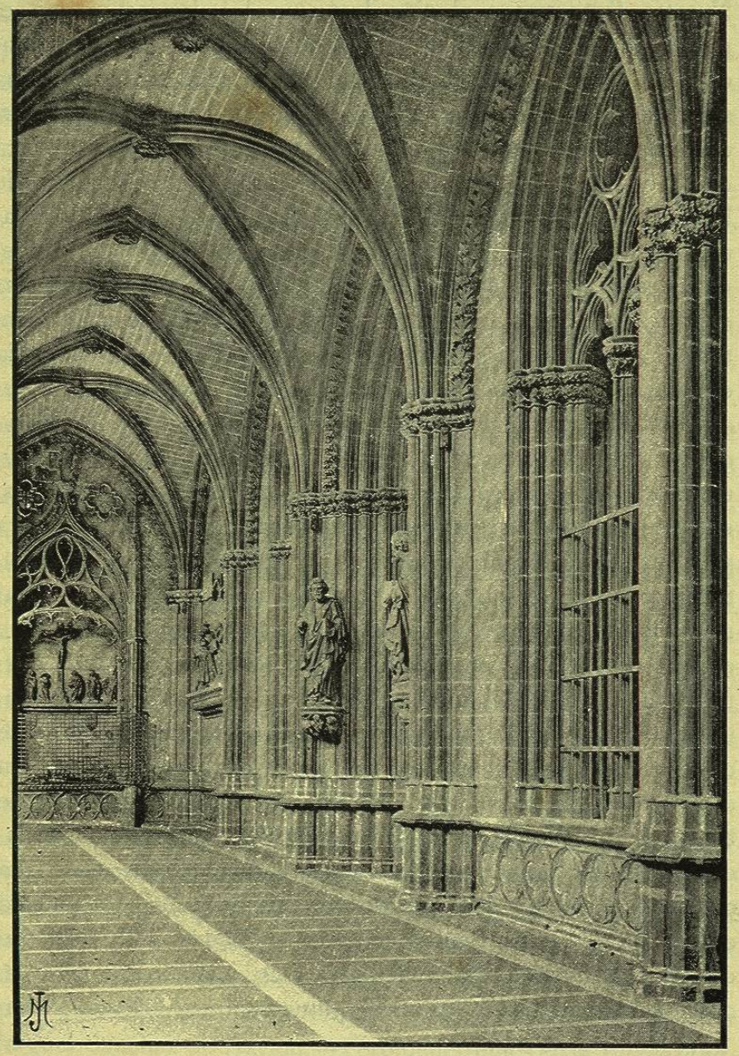
el prelado, en la decoración de los grandes y hermosos arcos que iluminan las galerías bajas. En el ala de levante, que es la que miras á tu derecha, los arcos no llevan el gablete que corona á los del ala septentrional; mas no por eso son menos galanos que éstos. Aunque entre las dos alas de norte y Este, y las de oeste y sur, media la distancia de más de cuarenta años, enorme para el movimiento que en el siglo XIV llevaba en Francia la arquitectura ojival, el constructor de la época de Carlos *el Noble* que reedificó iglesia y claustro, se atuvo, hasta donde lo consentía la diferencia del gusto del siglo XV, al proyecto del arquitecto de Barbazan. No acierto á explicarme porqué del claustro del XIV existen hoy sólo dos costados; acaso la ruina de la catedral antigua afectó á una parte sola del mismo, dejando intactos los costados de norte y Este.—Son seis las ventanas de cada galería que dan al patio central, separadas por estribos que rematan en esbeltos pináculos, y divididas en su ancho en cuatro vanos por medio de los parteluces que sirven de columnillas de sostenimiento á la tracería de la parte superior. En la crujía del Este el decorado no traspasa la balaustrada que corre sobre las ventanas y que sirve de antepecho á la galería alta; pero en la del norte, los gabletes tangentes á los arcos de las ventanas invaden, aunque sin producir mal efecto, el espacio de la galería superior.—Por la parte interior no es menos bello el claustro del XIV. Helo aquí, visto en su ángulo nordeste, pero previniéndote que el sepulcro con reja que miras al fondo de la crujía, y que corresponde al costado norte del rincón del claustro, es retoque de la siguiente centuria, según lo indica el arco conopial de la hornacina, no usado en las construcciones del siglo XIV.—Tomo de mi libro de apuntes lo que sigue: Claustro: crujía del norte: la puerta por donde se sale del templo al claustro, abierta en el tramo del ángulo noroeste, es notable por su ornamentación y escultura polícroma, no bien repintada. En el tímpano de su arco hay un gran relieve que representa el entierro de la Virgen, con apóstoles y ánge-



PAMPLONA.—CLAUSTRO DE LA CATEDRAL

les que lloran, llenos de dolorosa expresión. La estatua de Nuestra Señora con el niño Jesús en los brazos, ocupa el puesto de honor en el pilar central de la puerta. La Santa Madre está figurada entregando á su divino Hijo un librito, cuya significación ignoro, y se halla cobijado por una soberbia marquesina, pintada y dorada. El pilar que sustenta la estatua está decorado con preciosos relieves geométricos, y el jambaje de la puerta ofrece en la parte superior andanas de nichos, ocupados por lindas figurillas de no fácil interpretación, y en la inferior, dentro de una cenefa de cuadrifolios, á un lado las *obras de misericordia* y al otro personas tocando diversos instrumentos. En la archivolta se ven ángeles desarrollando una filacteria en que se lee: *Quæ est ista quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum? Assumpta est Maria in cælum.* En el costado de la iglesia de este claustro norte hay, en frente de las ventanas, otros tantos arcos ornamentales, exornados en todo su contorno con linda vegetación de hiedra y encina, como tocado de fiesta. Así estos arcos como las ventanas conservan en su trazado toda la pureza del estilo ojival primario. Bajo el arco último hay una puerta, hoy tapiada, que en otro tiempo puso en comunicación el claustro con la Sacristía; y en el tramo del ángulo nordeste hay, á mano izquierda, un sepulcro del siglo XV, y al frente, sobre la imposta saliente que sirve de dintel á un plano rehundido en el muro á manera de hornacina rectangular, y que lleva una delicadísima labor de brotes de encina, una curiosa representación, en estatuillas aisladas, de *la Adoración de los Santos Reyes*, de escultura adocenada del XIV á juzgar por las proporciones, los plegados, y la umbela que cobija á Nuestra Señora con el niño Dios (1).—El sepulcro del otro lado del ángulo, aunque ya muy gastado en toda su obra, así de escultura como de pintura, ofrece interés. Yacen

(1) El artífice francés autor de esta obra, deseoso de que la posteridad no ignorase su nombre, la firmó de esta manera: *Jacques Perut fit ceste istoire.*

en su urna, decorada con círculos de relieve en su paramento, don Leonel de Navarra, hijo bastardo del rey D. Carlos el Malo, y su mujer D.ª Elfa ó Epifanía. Está él figurado con armadura del siglo XV y ella con ricos paños de la época, pero tan deteriorados ambos bultos yacentes, que causa lástima ver su actual estado. Con una alta y fea reja de hierro, digna de una cárcel, han tratado modernamente de preservar este monumento de una inminente ruina: ¡ah! *troppo tardi*, porque ya el daño se ha consumado en cuanto al carácter artístico de la estatuaria. En el muro del fondo, á bastante altura sobre la urna sepulcral, hay una imposta de gran relieve, en la cual descansan las figurillas de bulto y pintadas de una *Crucifixión*, también de mala mano, del siglo XV ó XVI, todas de muy cortas proporciones, como puedes observar en la vista, aunque diminuta, de este sepulcro. Lo más recomendable de este monumento es un *apostolado* (del cual nada puedes ver en la lámina fotográfica), ejecutado en pintura mural por mano francesa del siglo XV, con muy elegante estilo, pero ya desgraciadamente casi borrado del todo. ¡Que no hubieran colocado esa misma reja en el siglo en que fué pintado, para defenderlo de los vándalos de las edades futuras! Se conservan aún algunas cabezas, que pueden citarse como modelos del arte cristiano francés de la Edad-media.—Crujía del Este: presenta, como la del norte, ocho tramos y seis ventanas, y en el muro un arco ornamental en frente de cada ventana, con la sola diferencia de que los tres arcos primeros forman la portada de la Capilla *Barbazana*, así llamada para perpetuar el nombre del egregio prelado que la construyó. Dos estatuas de apóstoles—San Pedro y San Pablo—flanquean la puerta de entrada, colocadas á media altura de cada pilar de derecha é izquierda sobre sendas repisas. Al fin de esta crujía, preséntase de frente, en su hornacina, el sepulcro del obispo Don Miguel Sánchez de Asyain.—Pero penetremos en la *Barbazana*, donde tenemos otro sepulcro de mayor interés. Merece copiarse lo que dice el profesor Street de esta construcción. «La Sala

Capitular (léase la *Barbazana*, porque el profesor viajero confunde una con otra) es una obra notable, probablemente de la misma época que el claustro á que está adjunta, aunque de traza más sencilla, razonada y grandiosa. Su planta es cuadrada, pero su bóveda, octógona, arqueada en los ángulos, y ocupados éstos por otras pequeñas bóvedas subalternas, que arrancan más abajo que el nacimiento de la bóveda principal. Á la parte exterior hay estribos que contrarrestan el empuje de cada uno de los ocho aristones, y que terminan en pináculos piramidales con su frondario y grumo. Estos estribos suben desde el suelo hasta la cornisa del edificio, y por debajo de ésta, llenando los espacios de estribo á estribo, corre todo al rededor una arquería abierta y trebolada.» En el interior de esta hermosa capilla (cuyos pináculos y torre ves descollar por encima de la galería alta del claustro en la lámina de éste mirado desde el patio-jardín), ocupa el centro, á muy poca altura sobre el pavimento, el sepulcro del obispo D. Arnaldo Barbazan, obra infeliz como escultura, que revela á primera vista no deber nada al cincel de los grandes estatuarios de aquel tiempo. La estatua yacente del prelado, fea é inoportunamente pintada al óleo de color de greda verdoso, declara á su manera ser el enterrado un hombre alto, de noble rostro, delgado y no decrépito. Apoya los piés en un león, tiene las manos cruzadas sobre el vientre, y el báculo tendido por encima del hombro izquierdo. Dos ángeles de muy mala estatuaria, á la altura de la cabeza del personaje, uno á derecha y otro á izquierda, sostienen las puntas del sudario. En la pared se conserva en un cuadro, bajo cristal, el bordado de medallones de sedas de color representando el apostolado, que pertenecía á la estola del obispo Barbazan.

Porque has de saber que en la primavera del año 1865, deseoso el Sr. D. Manuel Mercader, á la sazón Vicario capitular y administrador de la Diócesis, de averiguar si realmente se conservaba dentro de la tosca urna que se suponía enterramiento del insigne prelado, el despojo mortal de éste, dispuso abrir el sepulcro: hecho esto, halló que el cadáver había sido sepultado con sus ornamentos y su mitra rellenando de cal todo el hueco de la urna, á lo cual sin duda se debía el haber quedado reducido á momia el cuerpo, absorbidos sus jugos por aquella sustancia. Cubría al obispo una amplia capa de seda negra y de labor menuda, y tenía al cuello una estola, también negra, observándose con cierta sorpresa que los medallones de sedas de colores en ella recamados apenas habían perdido sus matices. La venerable momia estuvo expuesta al público varios días en la capilla del claustro que lleva la advocación de *la Santa Cruz*, donde los curiosos que nos hallábamos entonces en Pamplona pudimos verla á nuestro sabor; y entonces resolvió el Sr. Mercader no restituir del todo al olvido del sepulcro el precioso descubrimiento. Hizo sacar la fotografía del cadáver que volvía á recibir la luz del sol al cabo de quinientos y diez años de tinieblas, de que debí un ejemplar á su bondadosa amistad, y dispuso que la parte de estola donde se hallaban los medallones bordados, se cortase con esmero y se conservase, para estudio de la indumentaria litúrgica del siglo XIV, en el cuadro donde hoy se ve.

Cuando tan bello claustro tenía la catedral de Pamplona bajo el pontificado del Sr. Barbazan, de suponer es que el templo románico, aunque antiguo y no grande, fuese digno de la fastuosa ceremonia que en él se preparaba al anunciarse el mes de Marzo del año 1329. Iban á ser en él coronados la reina doña Juana y su marido D. Felipe III *el Noble*, recibidos ya á su entrada en la capital con demostraciones populares del más cordial regocijo. Aguardaban los tres Estados juntos en Cortes generales del reino: y habiendo conferido y ajustado con ambos príncipes la forma del juramento, en que se meditaron muy detenidamente los puntos que ofrecían algunas quiebras en lo relativo á los fueros y leyes por lo tocante á lo pasado, el domingo 5 de Marzo, los reyes, con muy lucido y espléndido acompañamiento, fueron conducidos á la Iglesia Catedral de Santa María, que estaba ricamente aderezada y con toda magnificencia prevenida.

La fórmula del juramento especificaba que luégo que el primer hijo de D.ª Juana y D. Felipe llegase á cumplir veintiún años, el rey dejaría el reino para que lo gobernase su sucesor. D. Felipe accedió á lo acordado por las Cortes con alguna repugnancia, y con protesta del derecho de viudedad que decía tener al gobierno del reino por su mujer; y el rey y la reina juraron previamente, por documento separado, lo mismo que habían de jurar en el acto de la coronación, como lo hicieron (1).—Prestado el juramento, y recibido por los reyes el que les prestaron los tres Estados, en el cual no hubo necesidad de introducir variación alguna, se procedió á las demás ceremonias. Ambos fueron levantados sobre el escudo y aclamados reyes de Navarra, y ambos juntos también derramaron en el paseo la moneda al pueblo, en conformidad con las instrucciones que habían llevado el Botellero de Francia, Sully, y el enviado Arthiat, diputados por los reyes para enterarse bien de toda la ceremonia.

En el mismo estado se hallaba el templo de la Sede iruniense veintiún años más adelante, cuando la coronación de D. Carlos II, y el mismo era el prelado que ocupaba la silla. El domingo 27 de Junio de 1350, hallándose juntos los tres Estados en la Iglesia de Santa María, juró el nuevo rey la observancia de los Fueros: los Estados le respondieron con el juramento acostumbrado de fidelidad, y acto continuo fué coronado y alzado por rey, observándose todas las demás ceremonias de fuero y costumbre. Siguiéronse alegrías y regocijos públicos, y fué el alborozo más crecido por las muestras que dió D. Carlos aquel día de sincera piedad y religioso culto, porque en él ofrendó á Santa María de Pamplona una cruz grande de plata, esmaltada de flores de lís azules, con pié de rica pedrería, muchas reliquias preciosamente guarnecidas, y varios ornamentos sagrados. Más adelante dió á la misma iglesia otra riquísima cruz de oro, guar-

(1) En el Arch. de Comp. de Navarra se conserva el acta separada de este juramento previo, de que Moret no tuvo conocimiento. V. á YANGUAS, *Hist. compend.: D. Felipe III el Noble y D.ª Juana.*

necida también de pedrería y aljófar, esculpida en ella la imagen de la Virgen á quien la donaba. «La sacrílega codicia de un ladrón extranjero que vivía en la corte del rey (dice Alesón), se atrevió á robarla, y logró el lance escondiéndose sagazmente de noche en la iglesia; pero huyéndose con la cruz robada, fué buscado y seguido por orden del rey, y habiéndole alcanzado algo más allá de Sangüesa, por ser ordenado salvó la vida: y siendo condenado á cárcel perpetua, fué recluído en el castillo de Navardún, perteneciente al obispo de Pamplona, que debió de conocer del delito.» ¿Existen estos preciosos objetos de arte regalados á la catedral por D. Carlos *el Malo?* No los hemos visto.—De otros, también de los siglos XIII y XIV, se conserva memoria.

El Sr. Mercader nos enseñó una curiosísima tabla en que un pintor francés, acaso de la época de D. Enrique ó D.ª Juana (fines del XIII) representó *la Crucifixión.* No tenemos noticia de tabla más antigua en España. El artista ejecutó su obra al temple, con aglutinantes de los que solían emplearse antes de la renovación de la pintura al óleo: lo cual no le estorbó para entrar en su trabajo en pormenores delicadísimos que hacen de esta tabla un verdadero monumento del arte de dicha centuria. Ya que no me sea dado presentarte una reproducción de ella, quiero describírtela teniendo á la vista el calco que el Sr. Mercader permitió sacar al artista que me acompañaba en mi viaje (1). Mide la tabla próximamente $1^{m},20$ de longitud por 0,80 de ancho, y el asunto principal, pintado en el centro, ocupa un rectángulo de unos 0,65 de altura. El Salvador, clavado en una cruz formada por dos verdaderos troncos de árbol con su corteza y sus asperezas naturales, pende de tres clavos, con las piernas encogidas, inclinando hacia el lado derecho la sagrada cabeza, rodeada de nim-

(1) Lo ejecutó primorosamente D. Jaime Serra y Gisbert, cuya prematura muerte fué muy sentida de todos los apreciadores de su gran mérito, y lo conservo esmeradamente como recuerdo de tan eximio artista y cordial amigo.